

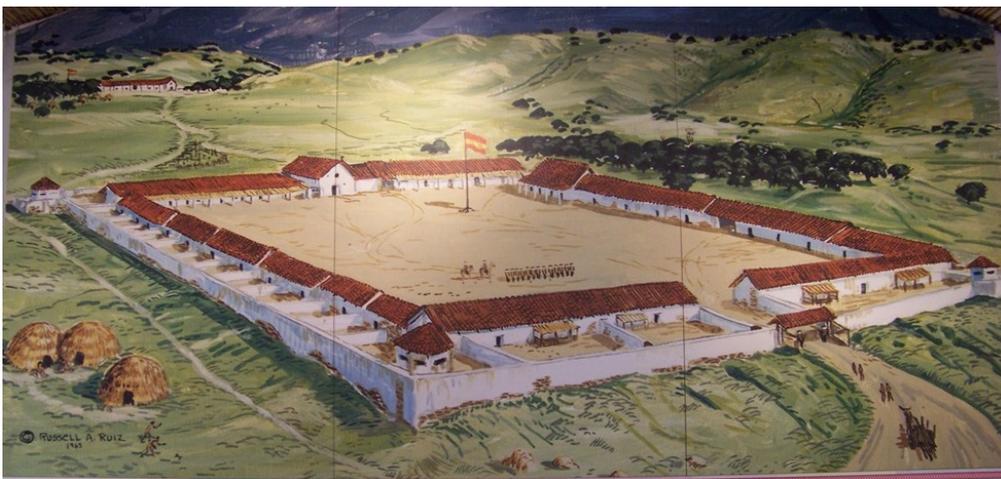


TROPAS DE PRESIDIO

LOS DRAGONES DE CUERA

Una de las páginas más oscuras y desconocidas de nuestra presencia en América del Norte es la de la línea de fuertes que protegieron nuestras fronteras en condiciones muy difíciles. Habitados por soldados duros, acostumbrados a las penalidades y al frecuente abandono en que la administración virreinal (no digamos de España) los tuvo, sostuvieron la presencia española desde finales del S. XVI hasta la caída de las colonias en el S. XIX.

Esta es la historia de esos fortines y la de los hombres que los construyeron, habitaron y defendieron; que vivieron y murieron en el más absoluto anonimato en las fronteras más lejanas de España.



Presidio español de Santa Mónica

Los Presidios de Nueva España eran fuertes cuya misión era salvaguardar el territorio, proteger las fronteras de las posesiones norteamericanas de España y efectuar campañas contra los indios hostiles que resistían la colonización o vivían del pillaje a los colonos. Su origen se remonta a finales del siglo XVI, cuando se dictaminó la construcción de una línea de puestos fortificados llamados Presidios (del latín *Presídium*: fortín, fortaleza), al norte de la ciudad de México para contener las incursiones de los indios Chichimecas.

Eran los puestos más avanzados de la colonización, erigidos donde terminaban los caminos y las poblaciones, y donde empezaba la tierra habitada por los indios. Contaban con tierras y ganados de explotación para su abastecimiento, por lo que frecuentemente dieron lugar a poblaciones. Al desarrollarse éstas y neutralizar las amenazas de su entorno, los presidios se fueron trasladando cada vez más al norte.

De un modo similar las Órdenes religiosas, de las cuales las más activas eran los jesuitas y los dominicos, se implantaron paulatinamente en el territorio: fundando misiones, edificando iglesias, convirtiendo almas...

Un siglo y medio más tarde del inicio de su implantación, la línea de presidios y misiones se extendía por todo el suroeste de Estados Unidos, desde Texas hasta California.

Los presidios de la frontera se construyeron de piedra, -donde la había-, adobe, o ladrillo, generalmente de forma cuadrada de aproximadamente 100/120 mts. de lado, con bastiones o torres en al menos dos esquinas opuestas donde colocar cañones. Además, en algunos de los presidios que, por su cercanía al agua era aconsejable, se hicieron túneles con una salida disimulada a fin de poder efectuar la aguada en caso de asedio.



Dibujo orientativo de un presidio

En general no resultaron construcciones muy sofisticadas puesto que únicamente se utilizaban para guarnecerse de los ataques indios, quienes utilizando armas rudimentarias nunca pusieron en peligro la construcción.

No ocurría así con los fuertes que ingleses y franceses edificaron en el Canadá. Hechos de troncos gracias a la abundancia de bosques, eran relativamente fáciles de incendiar con flechas.

Los fuertes de la caballería norteamericana que vemos en las películas (fort apache, fort comanche, etc...) no son sino presidios españoles ocupados por ellos tras la retirada española y la derrota mejicana. Su construcción de troncos de árbol no es más que una fantasía de Hollywood. ¿De dónde iban a sacar tantos árboles en medio de los desiertos de Sonora o Mojave?

Dentro de los presidios vivían los oficiales y soldados con sus familias, sacerdotes y los indios incorporados como guías, contando con viviendas, almacenes, herrería, capilla, etc.



Presidio de Tucson, Arizona



Interior del presidio, hoy día un museo

La guarnición de estos presidios eran las llamadas "tropas presidiales" o "tropas de presidio".

El mando del presidio correspondía a un capitán, que era español, criollo o de otra nacionalidad europea súbdito de la Corona. Su responsabilidad, además de sus deberes militares, era la acción diplomática, encargándose de pacificar el territorio, establecer alianzas con las distintas tribus, promover el asentamiento estable de éstas y, apoyar a los misioneros a captar almas para la fe cristiana. Por eso era habitual encontrar en el mismo emplazamiento un presidio y una misión, o también, destacamentos de soldados presidiales acuartelados en alguna misión alejada para su defensa.

Una vez el territorio se encontraba pacificado y los indios sometidos, la guarnición del presidio se esforzaba en dar protección a los colonos y seguridad a las comunicaciones. Para tal fin existían Compañías Volantes de soldados que patrullaban constantemente los caminos y conectaban las poblaciones, misiones, minas, rancherías y presidios, al tiempo que intercambiaban noticias entre las estancias.

Cada presidio tenía una exigua guarnición de entre 20 y 100 soldados, comúnmente 50 y algunos exploradores indígenas, pero era raro encontrar a toda una compañía reunida en el fuerte. Por ej. el presidio de San Ignacio de Tubac en 1774 contaba con 51 oficiales y soldados y 40 familias.

Los efectivos de cada compañía se dispersaban en pequeños destacamentos cubriendo un sinfín de tareas. Además de la guarnición del presidio, los soldados presidiales también se ocupaban de explorar el territorio, ayudar a establecer y construir nuevas misiones, guarnecerlas ante las incursiones de los indios hostiles, proteger y escoltar las caravanas de suministros, llevar el correo y los despachos oficiales y realizar, en general, cualquier otra función que les fuese asignada por el Gobierno Provincial.

En respuesta a la inspección oficial de un presidio sobre las órdenes y misiones encomendadas a la tropa, un soldado respondió:

"¡Tengo tantos deberes como si el diablo hubiese vencido a los ángeles!"...

Los 'Dragones de cuera'

Entre las unidades que se esforzaron en tan trabajosas tareas, la más significativa fueron los Dragones de Cuera, una unidad singular dentro del Ejército español.

Aunque actuaban como infantería en la defensa de puestos y presidios, los soldados de cuera luchaban principalmente a caballo, lo que dio pie a su denominación como dragones.



Dragones de Cuera



Dragones de Cuera según ilustración del libro mexicano: "Caballería de México"

Tomaban su nombre de la *cuera*, una pesada chaqueta sin mangas elaborada con hasta siete capas de piel curada, rematada en los bordes con una costura fuerte y ceñida al cuerpo por medio de un cinturón, reminiscencias del colete de los Tercios.

Uniformes coloniales españoles



1 Batallón fijo de Veracruz

2 Oficial de dragones de cuera de Monterrey

3 Dragón de cuera del presidio de Cerro Gordo

4 Lancero indígena de la "Legión del Príncipe", Acapulco.

Una diferencia llamativa reflejada en sus reglamentos especificaba que cada uno de ellos debía contar con seis caballos de monta y una mula de carga para su servicio, en vez de los dos del dragón del ejército regular. Y no sólo eso. Además de las armas habituales como el mosquete, la pistola o el sable, los '*cuerudos*' portaban una lanza, un cuchillo, una cuerda para lacear e incluso había quien llevaba arco y flechas.



Al principio las cueras, debido a su coste, solo fueron utilizadas por los oficiales, pero dada su eficacia contra las flechas, su uso se extendió a toda la tropa, llegando a ser parte del uniforme reglamentario. Como su peso podía llegar hasta los 10 kg., con el tiempo el largo de la cuera se fue acortando y de llegar casi hasta las rodillas, a finales del siglo XVIII llegaba solo a la cintura a modo de chaleco. Generalmente fueron de color piel, con el escudo español bordado en los bolsillos. Además llevaban una bandolera con el nombre del presidio cruzada al pecho.



Arriba: cuera del S. XVIII

Cuera del S.XVI

Izqda: cuera del S. XVI/XVII

Para su protección, además de la cuera el dragón llevaba una adarga de cuero o mimbre y unas polainas de cuero llamadas chaparreras.



Sable



Adarga

La cuera, convertida en chaleco, así como el sombrero cordobés de ala ancha, quedaron como indumentaria propia de hombres a caballo. Si a ello le unimos los zahones andaluces, también llevados a América, tendremos la típica indumentaria del cowboy americano. El vaquero yanqui es una copia del jinete español.



A simple vista puede parecer que usaban armas atrasadas en tiempos en que la organización militar y el armamento eran ya bastante complejos.

Sin embargo, aquellos soldados mantenían una guerra de guerrillas contra partidas irregulares de indios y solo en contadas ocasiones se las vieron contra ejércitos al modo europeo, siempre en extensos y abruptos territorios donde sobraba toda impedimenta de más. Con un enemigo que basaba su estrategia en la movilidad y el ataque por sorpresa, el uso de la lanza se demostró mejor que el del mosquete, pues los indios eran más rápidos lanzando flechas que los soldados disparando, y por la dificultad para recargar las armas de fuego del momento. Esto llevó a que muchos dragones usaran también el arco y las flechas para la lucha a distancia, mientras que el sable les fue tremendamente eficaz en la lucha cuerpo a cuerpo.



Dragones escoltando una caravana de colonos

Apaches Chiricahuas y Mescaleros, Comanches, Navajos, Utes, Wichitas, Yumas, Pawnees... tales fueron nuestros enemigos. Guerreros feroces, duros, valientes y comúnmente crueles que nunca nos pusieron las cosas fáciles.



Formación de una escolta

Los ataques de los indios a las misiones, ranchos o poblados indígenas amistosos, el asalto y robo de ganado, caballos e incluso el rapto de mujeres jóvenes, tenían una respuesta estándar por parte de las guarniciones de los presidios.



Dragones de cuera formando para una salida

Obligatoriamente, cada soldado debía tener ensillado y equipado un caballo las 24 horas del día. Una vez recibida notificación de algún ataque, los dragones de cuera echaban mano a algunos de sus seis caballos y montaban a máxima velocidad en persecución de los asaltantes. Si era necesario o posible también se reclutaba a los indios aliados, pero la única esperanza de atrapar a los asaltantes era montar a toda velocidad y perseguirlos a uña de caballo, sin tiempo que perder. Cuando un caballo se agotaba, cambiaban la silla y seguían cabalgando. Así, reventados o abandonados a su suerte, se perdieron muchos caballos en largas jornadas de persecución, hasta que los indios lograban alejarse lo suficiente y se internaban en las montañas o resultaban atrapados y vencidos por los soldados.

Estos caballos abandonados, volvieron a la vida salvaje, y al devenir del tiempo formarían las manadas de los famosos mustangs, los caballos salvajes de la pradera americana.

Las batallas campales fueron escasas, generalmente no pasaron de cortas escaramuzas, pues los indios al verse hostigados pocas veces plantaban cara, optando por abandonar parte del botín y escapar.

Difíciles y duras misiones les fueron encomendadas, como la campaña de 1775 en que persiguieron con medio millar de hombres durante más de 1.000 km a 243 apaches a los que finalmente dieron muerte. Nos refiere el escritor Albi de la Cuesta que en una ocasión, los comanches tuvieron que retirarse abandonando la manada de caballos que habían robado tras perder 40 guerreros en un largo y duro combate cuerpo a cuerpo. En otra acción un alférez con 42 dragones pusieron en fuga a 300 apaches después de cinco largas horas de combate.

Una de las más célebres fue la llamada “Batalla de Cuerno Verde”, en la que los dragones de cuera al mando de Juan Bautista de Anza vencieron a los comanches, en el actual Estado de Colorado.

El estudio de esa batalla trasciende los lógicos límites de este artículo. Baste saber que en recuerdo de aquella epopeya existen varias estatuas del capitán Juan bautista de Anza en ciudades americanas como San Francisco o en Hermosillo, México.

Mención aparte merecen los comanches. Esta nación india, desplazada por la nación Sioux de las llanuras del Oeste americano, bajó hacia el sur y, tras una cruenta guerra de varios años, prácticamente exterminaron a la nación apache. Los comanches, guerreros formidables y despiadados que ni pedían ni daban cuartel y que eran temidos en el resto de las tribus indias por las torturas que infligían a sus prisioneros, ocuparon una enorme región baldía que ocupaba el actual estado de Oklahoma, el este de Nuevo México, el sudeste de Colorado y Kansas y el este de Texas. Este territorio fue llamado por los españoles “la Comanchería”, una inmensa extensión de tierra casi deshabitada justo frente a la línea de presidios española.



Mapa español de la provincia de Sonora (S. XVII) con una ilustración de una carga de los dragones a un grupo de indios hostiles, posiblemente comanches.



El número de dragones fue pequeño; menos de una compañía por presidio, mas cierto número de auxiliares de las tribus aliadas. Nunca más de unos 100 en cada acantonamiento en todo el período.

Desde mediados del S. XVIII hasta 1821, el número total de soldados no rebasó los 1.500, desde California hasta Luisiana.

En la Alta California, con cuatro presidios, hubo sólo 220 soldados durante la mayor parte del período español, para una población indígena estimada de 200.000 almas.

La presencia española fue para muchos indígenas fuente de auxilio y defensa frente a las incursiones de otras etnias belicosas. De hecho, al menos en la parte sur del Virreinato, muchos de ellos fueron reclutados en la milicia. Como en Santa Bárbara, donde 200 indios Yumas fueron entrenados y armados

para asegurar la defensa del territorio.

Los indios que vivían pacíficamente en las cercanías de las misiones, solían enviar a sus hijos a la iglesia, donde se instruían en la religión católica y aprendían español.

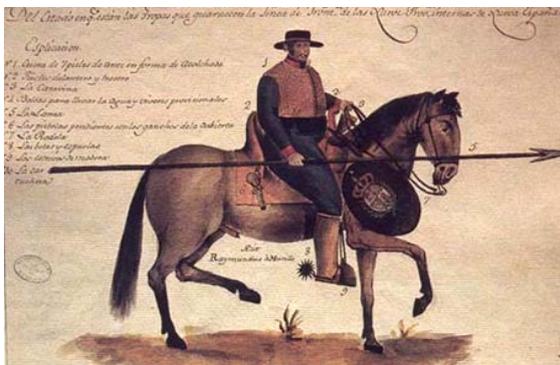
Jerónimo, (Goyaalé en lengua chiricahua) famoso jefe guerrero de los apaches chiricahuas, fue uno de estos. Era hijo de Hermenegildo Monteso y Catalina Chagori, dos indios conversos a la fe cristiana. Fue bautizado el 1º de junio de 1829 en la parroquia de la Asunción de María, en Arizpe, Sonora. Los frailes le impusieron el nombre del santo y hablaba el español con cierta fluidez.

Hubo indios entre las tropas españolas como aliados, sí, pero el peso siempre recayó en un puñado de soldados españoles que, en algún momento, no pasaron de 600 para cubrir todo el territorio entre ambos océanos.

Combatiendo infatigables a lo largo de toda la frontera, los dragones de cuera, pese a su escaso número, jamás cedieron un palmo de territorio ni a indios ni a europeos.

Miguel Costansó, en su Diario Histórico de 1769 nos refiere:

"Son hombres de gran rusticidad y resistencia en su trabajo; prontos para obedecer, decididos, ágiles y no tenemos el menor escrúpulo al decir que son los mejores jinetes del mundo y están entre los soldados que mejor ganan el pan de Nuestro Augusto Rey, a quien sirven."



En el Museo Naval de Madrid se guarda el informe de la expedición Malaspina, en el que se recogen apuntes y láminas del viaje durante los años 1769-1770. En una de las láminas se recoge un dragón de cuera y su equipo.

A finales del siglo XVIII la administración borbónica puso en orden la situación y abastecimiento de presidios y tropas. Concebidos originalmente como instrumentos de defensa, pacificación y colonización del territorio, los presidios fueron convertidos en pieza fundamental para el trazado de una línea de presidios como frontera, hasta la conversión de los establecimientos militares en poblados de nueva creación.



Mapa del Virreinato de Nueva España

Así, se dispuso la distribución de los presidios a lo largo de la frontera, formando una línea de defensa contra indios y extranjeros. En Nueva España esta línea contaba con 15 presidios, más otros en avanzada hacia el norte unidos además por una línea de correo mensual entre todos ellos.

En el Archivo General de Indias, en Sevilla, se encuentra un manuscrito fechado en 1772 que recoge la: “*Reglamentación de las 15 Cias Presidiales de la Nueva Línea de frontera del Virreynato de Nueva España*”. Según el documento, los presidios formando el cordón de frontera eran:

Altar, Tubac, Terrenate, Fronteras, Janos, San Buenaventura, Paso del Norte, Guatoquilla, Julimes, Cerro Gordo, San Saba, Santa Rosa, Moncloba, San Juan Bautista y Bahía de Santo Espíritu.

Existiendo destacamentos avanzados en San Antonio de Béjar, Arroyo del Cibalo, Santa Fe y Santa Mónica.

En principio, cada compañía estaría dotada de 1 capitán, 1 teniente, 1 alférez, 1 sargento, 2 cabos y 43 plazas de soldados blancos, un capellán y hasta 100 indios exploradores, uno de los cuales haría de cabo de los naturales.

Lamentablemente con el cambio de siglo la situación de los presidios y sus guarniciones fue deteriorándose paulatinamente.

España tuvo que luchar por su independencia contra los ejércitos napoleónicos y seguidamente contra la rebelión de sus colonias en América. Algunas tropas presidiales cambiaron de bando en el curso de la contienda en México, pero, por lo general, la mayoría se mantuvo leal, combatiendo contra los insurgentes. Por ejemplo, participaron relevantemente en el arresto del cura Miguel Hidalgo en Bajan, en una época en que ya llevaban varios años combatiendo con bastante éxito las incursiones de intrusos extranjeros (futuros norteamericanos) en Texas.

Por todo ello no tuvieron mayor recompensa que un lugar en la historia.

Pero no en la nuestra, donde son unos perfectos desconocidos, sino en la de Norteamérica, que ha sabido mantener su recuerdo incorporándolos a la suya como propia.



Aquí vemos al Príncipe de Asturias en Estados Unidos posando junto a 2 “oficiales” de la Armada española y varios dragones de cuera de una asociación hispanista. Al fondo vemos campanas de misiones españolas recuperadas por ellos.



Diversas imágenes de asociaciones históricas y de "reenactors" norteamericanas.

Después del triunfo de la revolución independentista, el nuevo gobierno mexicano delegó el mantenimiento de los presidios en las autoridades locales, lo que redujo rápidamente las fuerzas disponibles. La mayoría de los soldados de cuera abandonaron los destacamentos tan pronto como la bandera española fue arriada.

En cuanto a los presidios, generalmente fueron abandonados o albergaron otros usos.

Alguno todavía pudo cumplir la función para la que fue edificado en las posteriores guerras de México, antes de ser volado por la artillería (Por ej.; el presidio y misión de San Antonio de Béjar, conocido por los norteamericanos como "El Álamo").



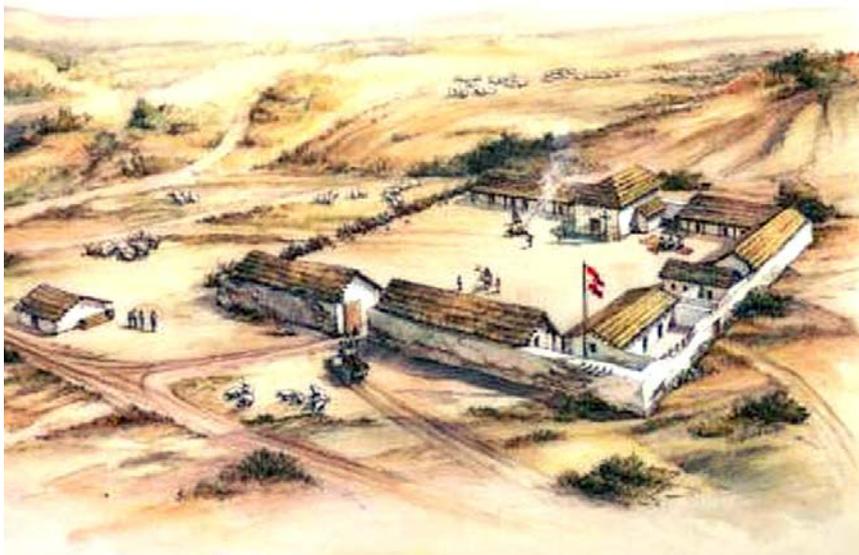
Misión de San Antonio de Béjar (El Álamo)

Otros en cambio fueron desmontados una vez perdieron utilidad defensiva y ayudaron a forjar nuevas poblaciones, incluso literalmente: sus piedras sirvieron para edificar otras construcciones hasta desaparecer, como muchos de los castillos en España.



Dragón de cuera de la expedición de Juan Bautista de Anza ante unos indios comanches, en el Gran Cañón del Colorado

En ocasiones su ruina, expolio y desaparición derivó en un espacio central vacío en medio de las casas del pueblo formado a su alrededor. Hoy día, en muchos pueblos y ciudades norteamericanas, esas plazas bulliciosas y ajardinadas que vemos en las películas, con un cañón en el centro y un mástil con la bandera norteamericana ondeando, se alzan en el solar que alguna vez fue el lugar más alejado de la civilización; el hogar de los dragones de cuera. Una fortaleza solitaria con una bandera española en medio de la nada llamada: PRESIDIO.



El nacimiento de una ciudad.
Presidio de San Francisco, 1776-1846